

La hora de la Oficoda



Delia Proenza Barzaga

“Si no te levantaste a las tres de la madrugada y no es lunes, miércoles o viernes, ni pierdas el tiempo, que eso está imposible. Mi mamá falleció el 14 de diciembre y todavía, aunque no he dejado de intentarlo, no he podido darle de baja”, me alertó a finales de enero, en el consultorio médico donde coincidimos, la recepcionista del Tribunal Popular Provincial.

Tenía razón. En la Oficoda Norte de la ciudad de Sancti Spiritus, sita en la calle Céspedes No. 277, esquina a San Luis, desde el último septiembre la administradora lleva el trabajo suyo y de las cuatro personas cuyas plazas están vacías. No sin que de vez en vez desfallezca por la asfixia que le provoca la multitud a su alrededor, cuando no tiene a mano (porque no hay) un bebedero, un refrigerador, una caja de agua o una merienda laboralmente facilitada.

Las colas se inician en la tarde, tres veces por semana; se prolongan toda la noche y hasta el mediodía de la jornada siguiente —en ese establecimiento, donde el tiempo restante es para el proceso de la información— y están matizadas por toda clase de condimentos: riñas, “colados”, protestas, preferencias lógicas admitidas a regañadientes. El denominador común es la zozobra, la inconformidad y la pérdida de tiempo, que se traduce en atraso no solo de tareas hogareñas, sino también laborales de la más diversa índole.

Porque eso tienen las Oficodas: a ellas va a parar lo mismo una ama de casa que la doctora o la maestra; el jubilado que el artista; el investigador, el intelectual o el trabajador por cuenta propia. Y otra cosa las emparenta: no hay en ellas muebles adecuados, ni cestos de linda apariencia, ni burós presentables, ni baños enchapados. Tampoco uniformes, ni utensilios de limpieza,

ni hermosos pisapapeles. Ni pintura de paredes o fachadas, “jamás en la historia”, cuentan algunas trabajadoras.

Por no tener, a veces no tienen ni trabajadoras (priman las mujeres). “Demasiado trabajo, demasiado, y muy poco salario”, así define una experimentada técnica la razón del desinterés, que en la cabecera provincial no se ha logrado quebrar ni con gestiones a través del Órgano de Trabajo, ni con divulgación a través de las emisoras de radio.

En el 2017 una gran crisis derivada de la falta de personal sacudió a la Oficoda Sur del municipio cabecera, ubicada en la calle Plácido, entre Tirso Marín y Calderón. En el mes de diciembre, debió cerrar sus puertas para hacer el arqueo de la información. La información del año, que es relevante; por eso la definen como una fotografía demográfica del pedazo de Cuba que refleja.

Y la “fotografía” se conforma a partir de la libreta de control de la cuota normada de cada núcleo en el territorio, de esa misma libreta a la que rinde culto, no sin razón, el cubanísimo Pánfilo Epifanio del programa televisivo *Vivir del cuento*. En grandes sábanas de papel se recogen los datos, que luego integran el censo de consumidores por edades, sexo, zona demográfica, área rural o urbana. Justo por esa información, aseguran en el Registro de Consumidores de la provincia se rige el Ministerio de Comercio para los suministros de todo cuanto se comercia en el país.

Hoy la Oficoda Sur tiene la plantilla completa, pero con todo su personal nuevo, todavía precisa ayuda de otras. Por eso a finales del pasado enero la que cerró, para colaborar allá con la información del 2018, fue la del

12 Plantas, que atiende a los Olivos. Ese día llovían las llamadas y las preguntas. Había niños por inscribir, bajas por registrar, leches de tránsito por censar.

En la provincia hay 41 centros de este tipo; en 20 de ellos labora una sola persona. Unas veces dan abasto; otras, no. Los hay con cajas de cartón a modo de cestos de basura, con la taza del baño rajada, con filtraciones en el techo, con las paredes húmedas, con los archivos atestados a más no poder, con las puertas y ventanas raídas. La de Manaca Iznaga comparte espacio con la bodega en un local inconveniente; aunque dicen que pronto eso va a cambiar.

Se escribe a mano, planillas y más planillas de modelos con diferentes nombres. A fuerza de llevar unos 20 o más registros con el control de los víveres básicos y otros renglones; de tramitar altas y bajas; de reponer libretas por extravió o deterioro y realizar otras mil y una diligencias —muchas veces en sillas tremendamente incómodas—, suelen doler las muñecas, los codos, la región cervical.

Por eso, en medio de los habituales cuellos de botella, desesperos y alteraciones que trae cada diciembre, el del 2018 les acarreo a los trabajadores de Oficoda una mezcla de alivio y esperanza.

Durante la última sesión de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el Presidente Miguel Díaz-Canel Bermúdez habló de ellos al abordar el tema de la informatización y la necesidad de automatizar los servicios públicos.

“Un ejemplo negativo que vemos son las Oficinas del Registro de Consumidores (Oficodas), donde se encuentra el registro más completo de información en cada municipio; sin embargo, todas las planillas se llenan aún a mano”, diría el mandatario, y agregaría que es allí adonde otros llaman para puntualizar u obtener datos precisos sobre la población de Cuba.

Tras indicaciones de la Ministra de Comercio Interior en algunos centros durante la visita gubernamental, en las que llamó a transformar radicalmente su imagen, las direcciones municipales de ese organismo están instadas a percibir y hacer la diferencia que históricamente no fue marcada. No es lo mismo una unidad de expendio de productos —para comer o utilitarios— que otra donde se atiende público. No, sobre todo si se trata de cuestiones tan sensibles como el alimento del día a día.



En la punta de la lengua

A cargo de: Pedro de Jesús

El sándwich, la licra y otras bicocas

Se oye que en tal tienda hay bombillos ahorradores de 8 watts; que cierto equipo electrodoméstico trabaja con 220 volts... Esas unidades de medida, watt y volt, al igual que otras como hertz o ampere, tienen variantes que los cubanos no utilizan, aunque el diccionario de la Academia las registre como preferibles: vatio, voltio, hercio, amperio...

Las cuatro provienen de un antropónimo o nombre de persona: Watt, Volta, Hertz y Ampère, apellidos de relevantes científicos a quienes se honra con ellas. Algo parecido se verifica en muchísimas expresiones del ámbito de la medicina. Estos son apenas unos ejemplos: mal de Parkinson, síndrome de Down, enfermedad de Alzheimer, trompas de Falopio, camas Fowler, y la denominación de la prueba para medir el nivel de azúcar en sangre: test de Benedict.

Asimismo, los nombres de Américo Vespucio y de los monarcas Luis XIV de Francia y Felipe II de España motivaron, respecti-

vamente, los topónimos América, Luisiana y Filipinas; mientras que del apellido de Cristóbal Colón se derivó Colombia y del de Simón Bolívar, Bolivia. No son los únicos. Otros nombres geográficos (Alejandría, San Petersburgo, Leningrado, Bermudas, Washington, etc.) también tienen su origen en antropónimos.

El nombre de varios géneros de plantas florales se crea a partir de apellidos —en su mayoría, de importantes botánicos—: begonia, dalia, gardenia, camelia y buganvilla, esta última con la variante buganvilla, no usada en América, aunque sea, fonéticamente, la más próxima a Bougainville, apellido del célebre explorador y navegante francés.

Verbos como linchar y empecinarse proceden de antropónimos: el primero, de Charles Lynch, juez del siglo XVIII; y el segundo, del sobrenombre de un guerrillero español del XIX, Juan Martín Díaz, el Empecinado. Pero donde los antropónimos son notoriamente productivos no es en la formación de verbos, sino de

sustantivos. A los muchos vistos hasta aquí, cabe agregar sándwich, fucsia, daltonismo, boicot, saxofón, y una larga lista en la que se incluyen nombres de sustancia como nicotina y diésel, o de objetos como quinqué, máuser, zepelín...

De otra parte, también los nombres de asentamientos humanos y accidentes geográficos contribuyen a la creación de palabras. A Bicocca, población italiana, y a la batalla entre franceses y españoles librada allí en 1522, se debe la existencia de un vocablo que solo he leído en el *Meñique* martiano: bicoca.

Según reza en la 23.ª edición del *Diccionario de la lengua española*, el origen de los sustantivos coñac, barniz y bujía hay que buscarlo, en última instancia, en los nombres de las ciudades Cognac (francesa), Beirone (egipcia) y Bujía (argelina). Así como en Tequila, municipio mexicano, radica el fundamento lingüístico de tequila, nombre de bebida; y en Champagne, comarca francesa, el de champán —o champaña, como dicen en algunos países—.

Similar génesis establece el léxico académico para nombres comunes como bádminton (de ascendencia británica) o zarzuela (de linaje español). También para la palabra bikini —y su variante gráfica biquini—, que remite al atolón homónimo de las Islas Marshall.

Por último, a los antropónimos y a los topónimos vale añadir otra curiosa fuente de enriquecimiento léxico, sobre todo de sustantivos, en lengua española. Se trata de las marcas registradas.

Aspirina, nombre comercial acuñado por la compañía alemana Bayer para el comprimido de ácido acetilsalicílico, llegó a convertirse en el denominativo genérico del fármaco. Así ocurrió en Cuba, hace unos cuantos años, con la marca de polvo detergente Fab, la de queroseno Luz Brillante o la de pantalones vaqueros Pitusa, tan famosas que pasaron a designar los productos respectivos, cualesquiera fuesen las etiquetas bajo las cuales se comercializaran.

Igual suerte han tenido muchas marcas, entre ellas: Curitas, Nylon,

Maizena, Thermos, Plastilina, Crayola, Cellophane, Klaxon, Pianola, Ping-Pong, Lycra, Formica, Pladur, Teflon, Martini, Chupa Chups, Rimmel, Jacuzzi... (Las dos últimas derivadas, a su vez, del apellido de sus inventores.)

Convertidos estos nombres en sustantivos comunes, se escriben, obviamente, sin la mayúscula etimológica y con las adaptaciones gráficas necesarias para transferirlos de sus lenguas de origen a la nuestra: nylon, maicena, termo, celofán, claxon, pimpón —preferible a ping-pong—, licra —mejor que lycra—, teflón, chupachupa —forma cubana, no recogida en ningún repertorio lexicográfico—, rimel...

Aunque el diccionario académico aún no ha dado entrada a la voz yacusi, y solo registra jacuzzi, como extranjerismo crudo, es muy probable que la incluya de un momento a otro, considerando que ya aparece así, yacusi, en el *Diccionario panhispánico de dudas*, obra también de la Academia.